

Stefan Zweig

Momentos estelares de la humanidad

Catorce miniaturas históricas

Traducción de Carmen Gauger



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Sternstunden der Menschheit*

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Carmen Gauger, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-08-5
Depósito legal: M. 26.299-2022
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prólogo
- 13 Cicerón
- 42 La conquista de Bizancio
- 75 Huida a la inmortalidad
- 105 La resurrección de Georg Friedrich Händel
- 132 El genio de una noche
- 152 El minuto universal de Waterloo
- 171 La elegía de Marienbad
- 183 El descubrimiento de El Dorado
- 195 Momento heroico
- 204 La primera palabra a través del océano
- 231 La huida hacia Dios
- 273 La lucha por el polo sur
- 296 El tren sellado
- 310 Wilson fracasa

Prólogo

Ningún artista es ininterrumpidamente artista durante las veinticuatro horas de su jornada diaria; todo lo esencial, todo lo duradero que consigue ocurre siempre sólo en los pocos y raros momentos de la inspiración. Lo mismo sucede con la historia, a la que admiramos como la mayor poeta y narradora de todos los tiempos, pero que no es en absoluto una creadora constante. En ese «misterioso taller de Dios», como Goethe llama con reverencia a la historia, muchísimo de lo que acontece es indiferente y trivial. También en ella, como en todos los ámbitos del arte y de la vida, los momentos sublimes, inolvidables, son raros. Por lo general, en su calidad de cronista indiferente y tenaz, se limita a enlazar un eslabón con otro, un hecho con otro, en esa gigantesca cadena que se extiende a lo largo de miles de años, porque todo momento crítico requiere un tiempo de preparación, todo auténtico acontecimiento, un desarrollo. En

un pueblo siempre ha de haber millones de seres humanos para que entre ellos haga su aparición un genio; en el mundo siempre han de transcurrir millones de horas superfluas antes de que surja un momento estelar de la humanidad.

Pero cuando en el arte nace un genio, éste perdura a través de los tiempos; tal momento estelar viene a marcar una dirección durante décadas y siglos. Del mismo modo que en la punta de un pararrayos se concentra la electricidad de toda la atmósfera, así también se acumula una inmensa cantidad de acontecimientos en un reducidísimo espacio de tiempo. Lo que por lo general transcurre apaciblemente de modo sucesivo o paralelo se comprime en un único instante, que todo lo determina y todo lo decide; un solo sí, un solo no, un demasiado pronto o un demasiado tarde hacen irrevocable ese momento para cientos de generaciones y determina la vida de un individuo, de un pueblo e incluso el destino de toda la humanidad.

Tales momentos dramáticamente concentrados, preñados de fatalidad, en los que una decisión destinada a persistir en el tiempo está comprimida en una única fecha, una única hora y a menudo en un solo minuto son raros en la vida de un individuo y raros en el transcurso de la historia. De entre las más diversas épocas y regiones, trato aquí de evocar algunos de esos momentos estelares —los he llamado así porque, brillantes e inalterables, resplandecen como estrellas en la noche de la caducidad—. En ningún caso ha habido el intento de desdibujar o intensificar mediante la propia invención la íntima verdad de los acontecimientos exteriores o interiores. Por-

que la historia, en esos sublimes instantes en los que configura a la perfección, no necesita una mano que le preste ayuda. Donde actúa como poeta, como dramaturga, ningún escritor debe tratar de superarla.

Cicerón

Lo más acertado que puede hacer un hombre sensato y no muy valeroso cuando le sale al encuentro otro más fuerte es esquivarlo y, sin avergonzarse, esperar a que se produzca un cambio y él tenga otra vez vía libre. Marco Tulio Cicerón, el primer humanista del Imperio Romano, el maestro de la oratoria y defensor de la ley, trabajó a lo largo de tres decenios al servicio de la ley heredada de sus mayores y por el mantenimiento de la República; sus discursos están grabados en los anales de la historia; sus obras literarias, en los sillares de la lengua latina. En Catilina combatió la anarquía, en Verres la corrupción, en los generales victoriosos la inminente dictadura, y su libro *De republica* pasa por ser el código moral, en su época, de la forma ideal de gobierno. Pero ahora ha llegado uno más fuerte. Julio César, a quien él, de más edad y mayor fama, favoreció al principio sin ningún recelo, se ha convertido de la noche a la mañana, con sus

legiones galas, en el dueño de Italia; como señor absoluto de la fuerza militar sólo necesitaba extender la mano para coger la corona real que Antonio le ofrecía ante el pueblo congregado. En vano combatió Cicerón el gobierno absoluto de César, tan pronto éste traspasó la ley al mismo tiempo que el Rubicón. En vano trató de movilizar contra el violador a los últimos defensores de la libertad. Pero las cohortes resultaron ser, como siempre, más fuertes que las palabras. El triunfo de César, hombre de acción y de espíritu al mismo tiempo, fue total, y si hubiera tenido sed de venganza, como la mayoría de los dictadores, ahora, tras su clamorosa victoria, fácilmente podría eliminar o al menos proscribir a ese obstinado defensor de la ley. Pero más que todos sus triunfos militares honra a Julio César su magnanimidad después de la victoria. Sin el menor intento de humillarle, perdona la vida a aquel adversario vencido y sólo le intima a abandonar la escena política que ahora le pertenece enteramente a él y en la que a cualquier otro le correspondería sólo el papel de comparsa mudo y obediente.

Ahora bien: a un hombre de espíritu no puede acontecerle nada más venturoso que la desconexión de la vida pública, de la vida política. Eso aparta al pensador, al artista, de una esfera indigna de él y manejable sólo con brutalidad o astucia y lo devuelve a su esfera interior, intangible e indestructible. Para un hombre de espíritu, toda forma de exilio se convierte en una llamada a la concentración, y a Cicerón viene a ocurrirle esa afortunada calamidad en el mejor y más feliz momento. El gran dialéctico se acerca poco a poco a la vejez, en una vida que, con sus constantes tensiones y tormentas, le ha de-

jado poco tiempo para una síntesis productiva. ¡Cuánto y cuán contradictorio ha vivido el sexagenario en los estrechos límites de su época! Avanzando, abriéndose paso con tenacidad, agilidad y superioridad intelectual, él, el *homo novus*, ha ido alcanzando una tras otra todas las responsabilidades públicas y todas las magistraturas vedadas en general a un modesto hombre de provincia y reservadas exclusiva y celosamente a la tradicional camarilla de la nobleza. Como hombre público, ha ascendido a la más alta cima y descendido al más profundo abismo; tras reprimir la conjuración de Catilina, ha subido en triunfo las gradas del Capitolio, ha sido coronado por el pueblo, honrado por el Senado con el glorioso título de *pater patriae*. Y por otra parte ha tenido que huir de repente al destierro, condenado por ese mismo Senado y abandonado por ese mismo pueblo. No ha habido función pública que no haya revestido, ni jerarquía que no haya alcanzado, en virtud de su esfuerzo infatigable. Ha incoado procesos en el Foro, acaudillado, como soldado, legiones en campaña; como cónsul ha gobernado la República, como procónsul, provincias. Millones de sestercios han pasado por sus manos y entre sus manos se fundieron en deudas. Ha poseído la más hermosa mansión del Palatino y la ha visto convertida en escombros, incendiada y destruida por sus enemigos. Ha escrito tratados memorables y pronunciado discursos clásicos. Ha engendrado hijos y perdido hijos; ha sido valeroso y débil, obstinado y, a la vez, ansioso de lisonjas, muy admirado y muy odiado, un carácter tornadizo lleno de fragilidad y de brillo; en suma, la personalidad más atractiva y a la vez más apasionante de su tiempo por estar indis-

lublemente ligada a todo lo acontecido en esos cuarenta años, llenos a rebosar, que van de Mario a César. Cicerón ha presenciado y vivido como ningún otro la historia de su época, la historia universal; sólo para una cosa –la más importante– no le ha quedado tiempo: para dejar reposar la mirada en la propia vida. En el torbellino de su ambición, ese hombre incansable nunca encontró tiempo para reflexionar en paz y extraer la suma de su saber, de su pensar.

Ahora por fin, con el golpe de Estado de César, que lo desconecta de la *res publica*, tiene la posibilidad de ocuparse de un modo fecundo de esa *res privata*, la más importante del mundo; resignado, Cicerón deja en manos de Julio César el Foro, el Senado y el Imperio. Al verse rechazado, se va apoderando de él una aversión hacia todo lo público. Acaba renunciando: que otros defiendan los derechos de ese pueblo que considera más importantes que su libertad los combates de gladiadores y los juegos; lo único que cuenta ahora para él es buscar, encontrar y configurar la libertad interior. Así, por primera vez en su año sexagésimo, Marco Tulio Cicerón dirige una mirada reflexiva a su interior a fin de mostrar al mundo para qué ha trabajado y vivido.

Como el artista nato que sólo por error dejó el mundo de los libros y fue a parar al frágil mundo de la política, Marco Tulio Cicerón trata de configurar su vida con clarividencia, en consonancia con su edad y con sus más íntimas inclinaciones. Abandona Roma, la ruidosa metrópolis, y se retira a Tusculum, el actual Frascati, con uno de los más bellos paisajes de Italia en torno a su casa. En suaves ondas pobladas de umbríos

bosques descenden las colinas a la Campaña Romana, con sonidos argentinos cantan los manantiales en el apartado silencio. Después de tantos años en el mercado, en el Foro, en la tienda de campaña y en el carro de viaje, a ese creativo pensador se le ha abierto por fin plenamente el alma. La ciudad, que lo seduce y lo agobia, está lejos como mero humo en el horizonte, y sin embargo aún lo bastante cerca para que a menudo lleguen amigos con los que conversar animadamente sobre temas del espíritu: Ático, el íntimo amigo, o el joven Bruto, el joven Casio y una vez incluso –¡peligroso invitado!– el propio gran dictador, Julio César. Pero cuando no vienen los amigos romanos, siempre hay otros que están disponibles, compañeros maravillosos que nunca defraudan, siempre dispuestos a hablar o a guardar silencio: los libros. Marco Tulio Cicerón ha ido reuniendo en su casa de campo una magnífica biblioteca, un panal realmente inagotable de sabiduría, las obras de los sabios griegos junto a las crónicas romanas y los compendios de las leyes; con tales amigos de todos los tiempos y todas las lenguas no puede haber veladas solitarias. La mañana está dedicada al trabajo; obediente, el docto esclavo está siempre a la espera del dictado; en las comidas le abrevia las horas su amadísima hija Tulia; la educación del hijo le procura cada día nuevos cambios, nuevos estímulos. Y luego, la última sabiduría: el sexagenario comete también la última y más dulce locura de la vejez; toma una joven esposa, más joven que su hija, para disfrutar la belleza, como artista de la vida, no en mármol ni en versos, sino también en su forma más sensual y cautivadora.

Así, en su sexagésimo año, Marco Tulio Cicerón parece haber regresado definitivamente a sí mismo, ya sólo filósofo y no demagogo, escritor y no *rhetor*, dueño de su tiempo y no solícito servidor del favor popular. En lugar de perorar en el Foro ante jueces venales, prefiere dejar establecida de manera ejemplar para sus imitadores la esencia de la oratoria y, al mismo tiempo, en su tratado *De senectute* intenta convencerse a sí mismo de que un auténtico sabio ha de hacer de la resignación la verdadera dignidad de la vejez y de sus años. Sus cartas más bellas, más plenas de armonía, provienen de esa época del recogimiento interior, y hasta cuando sufre una fulminante desgracia, la muerte de su amada hija Tulia, su arte le ayuda a lograr la dignidad filosófica: escribe las *Consolationes*, que han consolado a través de los siglos, hasta hoy, a miles de afectados por la misma fatalidad. Sólo al exilio le debe la posteridad haber descubierto al gran escritor en el antes incansable orador. Dentro de esos silenciosos tres años crea más para su obra y su fama póstuma que en los treinta anteriores que entregó pródigamente a la *res publica*.

Su vida parece ya la de un filósofo. Apenas presta atención a las noticias y cartas diarias que llegan de Roma, ahora más ciudadano de la eterna república del espíritu que de la romana, castrada por la dictadura de César. El maestro del derecho terrenal ha aprendido por fin el amargo secreto que ha de aprender finalmente todo hombre público: que a la larga nunca se puede defender la libertad de las masas, sino siempre únicamente la propia, la interior.

Así Marco Tulio, ciudadano del mundo, humanista, filósofo, pasa un venturoso verano, un creativo otoño, un invierno italiano, al margen –y como cree él: al margen para siempre– de la agitación mundana, política. Apenas presta atención a las noticias y cartas diarias que llegan de Roma, indiferente a un juego en el que él ya no participa. Ya parece completamente curado del vano apetito de vida pública del literato, ciudadano ahora de la república invisible y no ya de esa otra, corrupta y violada, que se ha sometido sin resistencia al terror. Y he aquí que al mediodía de un día de marzo, se precipita en la casa un mensajero, cubierto de polvo y con pecho palpitante. Aún puede justo dar la noticia: Han asesinado a Julio César, al dictador, en el Foro de Roma; luego cae al suelo.

Cicerón palidece. Semanas antes aún ha estado sentado a la misma mesa con el magnánimo vencedor, y por mucha que fuera su hostilidad y su oposición a aquel hombre tan peligrosamente superior, por mucha que fuera su desconfianza frente a sus triunfos militares, siempre se había visto obligado a rendir honor en su interior al espíritu soberano, al genio organizador y a la magnanimidad de aquel único enemigo merecedor de respeto. Pero por mucho que repugne el vil argumento de la plebe asesina, ese hombre, Julio César, con todos sus méritos y virtudes, ¿no ha cometido la más execrable forma de asesinato, *parricidium patriae*, el asesinato de la patria cometido por el hijo? ¿No era justamente su genio el peligro más grave para la libertad romana? La muerte de ese hombre puede ser humanamente lamentable, pero ese crimen favorece la victoria de la causa más sa-

grada, porque ahora que César ha muerto la República puede resucitar: mediante esa muerte triunfa la idea más excelsa, la idea de la libertad.

Así domina Cicerón su primer sobresalto. Él no ha querido ese acto aleroso, ni siquiera en su sueño más oculto se ha atrevido a desearlo. Aunque Bruto, mientras arranca el puñal ensangrentado del pecho de César, ha invocado su nombre, el nombre de Cicerón, y reclamado de esa manera al maestro del pensamiento republicano como testigo de su acción, Casio y Bruto no le habían iniciado en la conjuración. Pero ahora que el crimen ha sido perpetrado de modo irrevocable, hay al menos que aprovecharlo en favor de la República. Cicerón reconoce que el camino de vuelta a la antigua libertad romana pasa por ese cadáver real, y es su deber mostrar a los demás ese camino. No hay que desaprovechar tal momento único. Ese mismo día, Marco Tulio Cicerón deja sus libros, sus escritos y el *otium* sagrado del artista. Palpitándole el corazón, marcha presuroso a Roma para salvar la verdadera herencia de César, la República, al mismo tiempo de sus asesinos y de sus vengadores.

En Roma Cicerón se encuentra con una ciudad perturbada, consternada y desconcertada. Ya en el momento de su realización, el acto del asesinato de Julio César ha resultado ser más grande que sus autores. El abigarrado grupo de conjurados sólo ha sabido matar, liquidar, al hombre que era superior a todos ellos. Pero ahora, cuando se trata de sacar provecho de su crimen, se encuentran sin recursos y no saben qué partido tomar. Los senadores están indecisos entre aprobar el crimen o condenarlo; el pueblo,

habitado desde hace tiempo a dejarse conducir por una mano despiadada, no osa opinar. Antonio y los otros amigos de César temen a los conjurados y tiemblan por la propia vida. Los conjurados, por su parte, tienen miedo de los amigos de César y su venganza.

En esa confusión general, Cicerón resulta ser el único que muestra capacidad de decisión. De ordinario vacilante e irresoluto, como hombre nervioso y de ingenio, apoya sin vacilar la acción en la que él no ha participado. Con pie firme pisa las losas, aún húmedas de la sangre del asesinado, y ensalza ante el Senado en pleno la eliminación del dictador como una victoria de la idea republicana. «¡Pueblo mío, una vez más has retornado a la libertad!», exclama. «Vosotros, Bruto y Casio, vosotros habéis realizado el acto más grande, no sólo de Roma, sino del mundo entero.» Pero al mismo tiempo exige que ahora se le dé su sentido más elevado a lo que es en realidad un acto asesino. Los conjurados han de tomar enérgicamente el poder, que nadie asume desde la muerte de César, y emplearlo sin demora para salvar a la República, para restaurar la antigua constitución romana. Hay que arrebatarse el consulado a Antonio y transferir la ejecutiva a Bruto y a Casio. Por un breve momento histórico, el hombre de la ley ha de transgredir la rígida ley para imponer para siempre la dictadura de la libertad.

Pero ahora se hace evidente la debilidad de los conjurados. Sólo han podido maquinar una conjuración, perpetrar un asesinato. Sólo han tenido fuerza para hundir sus puñales cinco pulgadas en el cuerpo de un hombre indefenso; con eso se agotó su energía. En lugar de hacerse con el poder y aplicarlo a la reconstrucción de la

República, se empeñan en lograr una amnistía a buen precio y negocian con Antonio; dejan tiempo a los amigos de César para que se recuperen, y pierden así un tiempo precioso. Cicerón, clarividente, percibe el peligro. Se da cuenta de que Antonio prepara un contragolpe para liquidar no sólo a los conjurados sino también la idea de la República. Clama y advierte y agita y habla para obligar a los conjurados, al pueblo, a actuar con decisión. Pero –error trascendente para la historia del mundo– él no actúa. Tiene ahora todas las posibilidades a su alcance. El Senado está dispuesto a apoyarle, el pueblo sólo espera en el fondo a alguien que, con decisión y osadía, tire de las riendas que se han escapado de las fuertes manos de César. Nadie se opondría, todos respirarían aliviados, si ahora él asumiera el poder y pusiera orden en el caos.

El momento para la historia universal tan ardientemente anhelado por él desde los discursos contra Catilina ha llegado por fin con esas Idus de Marzo, y, si él hubiera sabido aprovecharlo, sería otra la historia que todos habríamos estudiado en nuestros colegios. En los *Anales* de Livio y de Plutarco el nombre de Cicerón nos habría sido transmitido no sólo como el de un importante escritor sino como el del salvador de la República, como el del verdadero genio tutelar de la libertad romana. Suya sería esta gloria inmortal: haber poseído el poder de un dictador y habérselo devuelto voluntariamente al pueblo.

Sin embargo, en la historia se repite sin cesar la tragedia de que precisamente el hombre de espíritu, por sentir en su interior el peso de la responsabilidad, en el

momento decisivo raras veces se convierte en el hombre de acción. Una y otra vez se renueva en el hombre de espíritu, en el hombre creador, la misma discrepancia: como él ve mejor las aberraciones de su época, siente el apremio de intervenir, y en un momento de entusiasmo se lanza con pasión a la lucha política. Pero por otra parte vacila en responder con violencia a la violencia. Su responsabilidad interior teme ejercer la violencia y derramar sangre, y esas dudas y miramientos, en aquel instante único que no sólo permite sino que exige la falta de miramientos, paraliza su fuerza. Tras el entusiasmo inicial, Cicerón contempla con peligrosa clarividencia la situación. Contempla a los conjurados, a quienes todavía la víspera él ha ensalzado como héroes, y ve que sólo son hombres pusilánimes huyendo de la sombra de su crimen. Contempla al pueblo y ve que dejó de ser hace tiempo el antiguo *populus romanus*, ese pueblo heroico con el que él sueña, sino una *plebs* degenerada que sólo piensa en ventajas y placeres, en pan y juegos, *panem et circenses*, que un día vitorea a Bruto y a Casio, los asesinos, y al día siguiente a Antonio, que clama venganza contra ellos, y al otro día a Dolabella, que manda derribar las estatuas de César. En esa ciudad degenerada, nadie –reconoce– sirve aún honradamente a la idea de la libertad. Todos aspiran sólo al poder o al propio bienestar: en vano han eliminado a César, porque es sólo a su herencia, su dinero, sus legiones, su poder a lo que todos aspiran, con lo que especulan y por lo que pelean; sólo buscan provecho y ganancia para sí mismos y no para la única causa sagrada, la causa romana.

Durante esas dos semanas que siguen al precipitado entusiasmo, Cicerón está cada vez más cansado, cada vez más escéptico. Nadie fuera de él se preocupa por restaurar la República; el sentimiento nacional ha quedado extinguido, el sentido de la libertad ha desaparecido por completo. Al final siente asco de ese turbio tumulto. Ya no puede seguir engañándose en cuanto a la impotencia de sus palabras; tiene que confesarse a sí mismo, ante su propio fracaso, que su papel conciliador ha llegado a su fin, que él ha sido o demasiado débil o demasiado pusilánime para salvar a su patria del peligro inminente de guerra civil; así pues, la abandona a su suerte. A principios de abril sale de Roma y regresa –desengañado una vez más, vencido una vez más– a sus libros, a su solitaria villa de Puteoli, en el golfo de Nápoles.

Por segunda vez, Marco Tulio Cicerón ha dejado el mundo y buscado refugio en su soledad. Ahora percibe de modo definitivo que desde un principio él, erudito, humanista, defensor de la ley, no estaba en su sitio en una esfera en la que el poder ocupa el lugar de la ley y la falta de escrúpulos favorece más que la sabiduría y el espíritu de reconciliación. Ha tenido que reconocer, estremecido, que la república ideal, soñada por él para su patria, que una resurrección de la antigua moral romana ya no es realizable en esos tiempos relajados. Pero como no ha podido llevar a cabo el acto salvador en la reacia materia de la realidad, quiere al menos salvar su sueño para una posteridad más sabia; los esfuerzos y conocimientos de sesenta años de vida no deben perderse por completo sin efecto alguno. Así, aquel hombre humillado recuerda su

auténtica capacidad y, como legado para otras generaciones, escribe en esos días de soledad su última y más importante obra, *De officiis*, la doctrina de los deberes que el hombre independiente, el hombre moral, ha de cumplir frente a sí mismo y frente al Estado. Es su testamento político, moral, que Marco Tulio Cicerón escribe en Puteoli, en el otoño del año 44 a. C. y al mismo tiempo en el otoño de su vida.

Que ese tratado sobre la relación del individuo con el Estado es un testamento, la palabra definitiva de un hombre que se ha despedido y despojado de todos los arrebatos políticos, lo prueba ya la dedicatoria del libro. *De officiis* está dirigido a su hijo; Cicerón le confiesa con toda sinceridad que no se ha retirado de la vida pública por indiferencia sino porque él, como espíritu libre, como republicano romano, considera que servir a una dictadura está por debajo de su dignidad y de su honor. «Mientras el Estado aún era administrado por hombres elegidos por el mismo Estado, he dedicado mi energía y mis pensamientos a la *res publica*. Pero desde que todo cayó bajo la *dominatio unius*, ya no quedó espacio para la actividad pública o la autoridad.» Desde que fue suprimido el Senado y los tribunales quedaron clausurados, ¿qué se le había perdido a él, si le quedaba un mínimo de respeto a sí mismo, en el Senado o en el Foro? Hasta ahora, la actividad pública, política, le había robado en exceso su propio tiempo. *Scribendi otium non erat*, y nunca pudo exponer en su conjunto su idea del mundo. Pero ahora, forzado a la inactividad, quería al menos aprovecharla, en el sentido de las magníficas palabras de Escipión, que dijo de sí mismo que «nunca había estado